

FILOSOFÍA Y CIENCIA ECONÓMICA

JOSÉ ANTONIO MAYOBRE

CREO no haber encontrado una definición de la filosofía de mayor poder descriptivo que aquella de William James: "Filosofía, en el sentido pleno, es sólo el hombre pensando, pensando sobre generalidades, más bien que sobre particularidades." Junto a este hombre pensante, preocupado por los temas menos reductibles a hechos simples y que se refieren a la integralidad del ser frente a sí mismo y al exterior: el qué cosa soy, el qué conozco o puedo conocer, el qué constituye mi existencia o la sustancia de lo que me rodea, el qué determina mi conducta, nos figuramos otro hombre también pensante que, menos ambicioso, se limita a tratar de descubrir la naturaleza íntima de restringidos fenómenos del mundo circundante. Es el científico que reduce el campo de sus aspiraciones a indagar determinadas relaciones de la naturaleza física, del cuerpo vivo, de la comunidad social. El uno echa a volar sus pensamientos por las alturas infinitas sin más instrumentos que los muy débiles que le proporciona el pensamiento mismo, la razón humana, y no puede esperar, aunque lo pretenda, que sus conclusiones sean cosa definitiva, conocimiento último y generalmente aceptado. El otro, para decirlo con la frase de Whitehead, se aferra a los "hechos irreducibles y obstinados", pero, una vez que ha llegado a afirmar algo, su descubrimiento se tiene por cosa cierta, por conocimiento definitivo, al menos mientras otro con sus mismos métodos y su misma posición espiritual de científico no venga a demostrar lo contrario. A veces estas dos clases de hombres se han negado mutuamente. El filósofo ha puesto en duda la validez de lo que el científico pretende verdad

* Conferencia dictada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Venezuela el 31 de mayo de 1951, dentro del ciclo "Conflicto y Armonía entre Filosofía y Ciencia".

EL TRIMESTRE ECONOMICO

universal e indiscutible, ha menospreciado incluso el valor que para el hombre, como ser espiritual, puedan tener sus investigaciones. El científico, por su lado, ha negado toda condición de conocimiento a lo que no sea el resultado de sus métodos y ha visto al filósofo como una especie de poeta de lo trascendental haciendo juegos verbales más o menos bellos en torno a cosas que no es dable saber. Pero otras veces ambos han marchado el uno al lado del otro, apoyándose mutuamente, sirviendo los conocimientos del sabio a las especulaciones del filósofo, utilizando aquél los razonamientos de éste para poner a prueba la legitimidad de sus métodos y el valor de sus conclusiones. Y esta última, a pesar de las apariencias, ha sido la posición más permanente que han ocupado, la una con respecto a la otra, la filosofía y la ciencia. Por encima de los conflictos, circunstancias accidentales, ha prevalecido una tendencia a largo plazo a la armonía, a la interdependencia de la ciencia y la filosofía para el progreso ascendente de ambas en su camino hacia el conocimiento.

Tócame hoy referirme a una disciplina donde lo característico ha sido la relación armoniosa: la ciencia económica. Más aún, el desarrollo de la economía como ciencia ha estado determinado de manera tan directa por el pensamiento filosófico, que me veo forzado a hacer de esta disertación un análisis o recuento histórico para tratar de mostrar cómo las grandes corrientes y los cambios fundamentales en la manera de analizar científicamente las relaciones sociales de carácter económico han estado influídos por los conceptos filosóficos de cada época.

La ciencia económica, la economía política como se la llamó en aquel entonces, comienza a desprenderse como rama autónoma del árbol de las ciencias sociales por la misma época en que tomaban forma definitiva la filosofía moderna y la ciencia moderna. Su desarrollo posterior estará íntimamente ligado a estos dos acontecimientos fundamentales.

Aún quien esté más alejado ideológicamente de la concepción

materialista de la historia reconoce en la transformación económica del feudalismo al capitalismo un elemento primordial, tal vez el de mayor influencia, en la revolución ideológica que se operó en Europa en los siglos xv y xvi y que condujo al nacimiento definitivo en el siglo xvii de la ciencia y la filosofía modernas. El quebrantamiento radical de la economía feudal autosuficiente y de la jerarquía artesana y su reemplazo por la actividad libre del empresario y por las necesidades de éste de un mayor dominio de la naturaleza y de un régimen social sin trabas medievales contribuyeron, en no pequeña escala, a la subversión del pensamiento que rompe con la autoridad aristotélica en el campo de la ciencia natural, con los dogmas teológicos en el terreno de la metafísica y con las normas religiosas y morales en la apreciación estética y en el sentido de la vida. Es la rebelión del individuo, su liberación, lo que constituye el rasgo característico del Renacimiento y del Humanismo.

Para la ciencia y la filosofía la coronación de este movimiento de rebeldía va a encontrar su expresión definitiva en el siglo xvii con los descubrimientos físicos y astronómicos de Galileo y Kepler y con la aparición de la filosofía cartesiana. En el terreno de la teoría de la ciencia, debe reconocerse que el *Discurso sobre el Método* tiene tanta importancia como la hipótesis heliocéntrica y las leyes del movimiento. Nada representa mejor la actitud científica que la duda cartesiana, la duda metódica que como principio rechaza todo lo aparentemente cierto para usar luego el instrumento de la razón como único capaz de hacernos ver las cosas claras y distintas. La liberación definitiva del pensamiento científico, su autonomía e independencia para investigar la naturaleza por encima de las opiniones consagradas y de los dogmas impuestos adquieren en Descartes su expresión máxima. A pesar de su esfuerzo inaudito de buen católico para incorporar dentro de su sistema un razonamiento muy emparentado con la prueba ontológica de San Anselmo sobre la existencia de Dios, Descartes es el padre espiritual del libre pensamiento científico característico de la ciencia moderna.

Pero, además, Descartes va a sembrar las raíces de la división posterior entre la ciencia y la filosofía. Su distinción entre el pensamiento y la extensión, entre el hombre como ser esencialmente pensante y los objetos exteriores, iba a delimitar en el futuro el campo de una y otra disciplina. “Esos principios —dice atinadamente Whitehead— conducían directamente a la teoría de una naturaleza materialista, mecanicista, examinada por espíritus cogitantes. Finalizado el siglo xvii, la ciencia tomó posesión de la naturaleza materialista y la filosofía de los espíritus cogitantes.”

Quedaba en esa división un campo intermedio donde habrían de encontrarse por mucho tiempo después la filosofía y la ciencia: el campo de las ciencias sociales. Mundo distinto del *cogitare*, del pensar, pero donde la actividad mental del hombre es factor determinante. Fenómenos que se suponen obedeciendo, como el medio físico, a un orden natural, pero en los cuales también ejerce su efecto la razón. En los primeros momentos lo que es hoy la ciencia social permaneció principalmente bajo el dominio de la filosofía. Son filósofos quienes elaboran la teoría política y social de la época: Hobbes y Locke principalmente. Pero aun en los escritos de los filósofos están colocándose los cimientos de la ciencia social moderna y cuando ésta llega a adquirir mayoría seguirá en una estrecha relación con la filosofía, de la cual tomará sus directrices y cuyas corrientes habrán de encontrarse reflejadas en el pensamiento científico social.

La ciencia económica comienza a tomar rasgos distintivos propios en este mismo siglo xvii y, siguiendo el camino evolutivo que han experimentado otras ciencias, es al comienzo un arte en el sentido estricto de la palabra, antes que una disciplina investigadora. En 1615 aparece el *Tratado de Economía Política*, de Montchrétien, donde por vez primera se emplea el término “economía política”, y en 1621 el *Discourse of Trade*, de Thomas Mun. Aunque existan diferencias en la manera de estudiar ambos los principios económicos, tienen el rasgo común de que sus trabajos están dirigidos a encontrar reglas prácticas que tiendan a promover la mayor riqueza

y bienestar de sus respectivos países, a preconizar una política económica antes que a descubrir leyes de funcionamiento de la sociedad. Paralelamente los cameralistas alemanes dirigen su preocupación a los problemas de la hacienda real. No tarda en esbozarse dentro de esta actividad una corriente científica propiamente hablando. Sir William Petty, a mediados del siglo, introducía para denominar los problemas económicos el término “aritmética política” y afirmaba que “las cosas del gobierno... la gloria del príncipe y la felicidad y la grandeza del pueblo pueden someterse a una especie de demostración por las reglas corrientes de la aritmética”. Más lejos aún llegaron otros autores posteriores ubicados dentro de la corriente político-económica conocida por mercantilismo, pero no puede decirse que la ciencia económica traspusiera esta etapa inicial hasta mediados del siglo XVIII con la aparición de la doctrina fisiocrática en Francia y la obra de Adam Smith en Inglaterra.

Para esta época la filosofía occidental había tomado ya dos direcciones definidas. En la Europa continental habían echado raíces el racionalismo y el método deductivo. La matemática, el método geométrico de establecer postulados y teoremas y deducir de allí por medio de rigurosos procedimientos lógicos las consecuencias y corolarios, era el ideal de la ciencia humana. Spinoza ha proclamado que todo verdadero conocimiento es *a priori* y Leibniz dirá más tarde que los conocimientos de razón poseen el carácter de necesidad interna y tienen validez independientemente de la experiencia, mientras que las verdades de hecho sólo son válidas cuando tienen razón suficiente. Esta epistemología concuerda con un grupo de ciencias en las cuales el método deductivo es el más apropiado: con las matemáticas y la lógica. En la época del racionalismo filosófico, la ciencia continental europea se caracteriza porque permanece ligada a la filosofía en cuanto se trata de aquellas ciencias en que predomina el método deductivo, mientras que en el terreno de las ciencias naturales y biológicas los hombres de ciencia establecerán sus principios generales sobre bases materialistas o, más simple-

mente, continuarán sus investigaciones en el terreno científico puro y se apartarán de la filosofía.

En Inglaterra, por el contrario, el empirismo domina el movimiento filosófico. El valor de la inducción, puesto de manifiesto por Bacon a comienzos del siglo xvi, se continúa a finales de este siglo y en el siguiente con las teorías más elaboradas e influyentes de Locke, Berkeley y Hume. No es que el empirismo niegue su importancia al conocimiento deductivo, pero lo limita en su alcance hasta excluirlo como posible para el saber científico. En el pensamiento de Locke hay tres fuentes del conocimiento: "el conocimiento de nuestra existencia lo obtenemos por intuición; el de la existencia de Dios por demostración; y el de las otras cosas por sensación". La ciencia se basa en la experiencia, fuente única de todos los materiales de la razón y del conocimiento, y esa experiencia puede ser aplicada a los objetos exteriores por medio de los sentidos o puede ser el producto de la percepción de las operaciones de nuestra propia mente, del "sentido interno". En Hume el empirismo llega a su mayor perfección. Su división de las percepciones en impresiones e ideas y la afirmación de que todas nuestras ideas simples proceden mediata e inmediatamente de sus impresiones correspondientes, lo lleva a la más completa expresión del sensualismo filosófico.

Las relaciones sociales de carácter económico habían sido en el pasado ordenadas a través de la autoridad y los problemas de producción y distribución eran de naturaleza tan simple que no se necesitaba de una disciplina especial para estudiarlos. La economía de la edad antigua era en su esencia una economía basada en unidades esclavistas autosuficientes. La medieval tiene por fundamento el dominio feudal con relaciones ordenadas entre señores y siervos. El problema económico como asunto científico surge cuando los individuos libres regulan su actividad económica fuera de un orden establecido previamente y planificado por la autoridad política o familiar. De allí que la preocupación económica de natura-

leza científica tenga por objeto al hombre libre en relación de intercambio con otros hombres libres. Tales son los primeros esbozos de Aristóteles en el Libro I de su *Política* y más tarde los argumentos sobre el precio y el interés de Santo Tomás. Pero no podría esperarse que de hechos de tan relativa poca importancia dentro de una sociedad de economía regulada y ordenada surgiera una ciencia de lo económico. Ésta no llega a ser necesaria y posible sino cuando la actividad económica de la sociedad se desarrolla principalmente a base de hombres libres que persiguen, cada uno, su propio interés particular y donde, sin embargo, las cosas marchan y se desenvuelven dentro de un orden. Estas condiciones, a las que ya he aludido como factor determinante en grado apreciable de la revolución ideológica, van a ser también las que producirán en el siglo XVIII el nacimiento de la nueva ciencia, la economía, tras los ensayos político-económicos del mercantilismo y del cameralismo en las dos centurias anteriores.

Las dos corrientes predominantes de la filosofía occidental para esa época van a imprimir su sello a las dos manifestaciones primeras de la ciencia económica: la escuela de economistas franceses denominada "fisiocracia" va a nacer bajo la influencia ideológica del racionalismo; la escuela inglesa hasta comienzos del siglo XIX tendrá su base en el empirismo de Locke y Hume, quienes a su vez aportan ideas de importancia a la nueva disciplina.

La fisiocracia, cuyo nacimiento puede adscribirse a la aparición del *Cuadro Económico*, de Quesnay, en 1758, comienza por atribuir a los hechos económicos la noción de orden natural. Debemos recordar que toda la ciencia moderna tiene por base la existencia de un orden de cosas. La actividad científica no es otra cosa que el descubrimiento de las leyes que constituyen ese orden. Llámese causalidad, variaciones concomitantes o relaciones funcionales al resultado último de la actividad del científico, todo ello presupone un orden de la naturaleza. Los fisiócratas, pues, al establecer la existencia de un orden natural en la actividad económica y tratar

EL TRIMESTRE ECONOMICO

de descubrir sus leyes y funcionamiento están ya situados en el terreno de la ciencia. Ahora bien, ¿de qué método se valen para reconocer el orden natural? De la intuición, de la razón. Establecido el postulado fundamental era posible deducir las consecuencias que darían cuerpo a la ciencia. Si existe un orden natural, los hombres, dejados a sus propias iniciativas y frente a otros que actúan en forma idéntica, encontrarán dicho orden. De allí el principio célebre que fué después bandera del liberalismo económico: Dejad hacer, dejad pasar. “Es esencial al orden —dice Mercier de la Rivière en 1767— que el interés particular de uno solo no pueda ser jamás separado del común interés de todos, y esto es precisamente lo que sucede bajo el régimen de libertad. El mundo marcha entonces por sí solo.”

En otro aspecto los fisiócratas tienen importancia desde el punto de vista de fundadores de la ciencia y del método que utilizan: el carácter de universalidad que atribuyen a las verdades por ellos descubiertas. No se trata, como en los escritores económicos del pasado, de medidas de política para determinado tiempo y lugar, sino de leyes que, como en la ciencia natural, rigen a todos los hombres en todos los tiempos y latitudes. En el clásico estudio de Charles Gide sobre los fisiócratas se citan las siguientes frases de uno de sus más brillantes exponentes, el ministro Turgot: “Todo aquel que no se olvide de que hay Estados políticos, separados los unos de los otros y diversamente constituídos, no podrá tratar bien jamás una cuestión de Economía Política”... “Los derechos del hombre no están basados en su historia, sino en su naturaleza.”

Los fisiócratas son más conocidos generalmente por su argumento en favor de la agricultura como única actividad productiva, frente a la improductividad de la industria y del comercio. Pero ésta es la parte contingente de su teoría, influída sin duda por el régimen económico y social en el cual se movieron. De ellos queda el haber dado nacimiento a una nueva ciencia y el rigor lógico con que se

desarrollaron sus ideas dentro del pensamiento filosófico racionalista.

Los grandes filósofos ingleses no sólo establecieron la base metódica sobre la que se asentaría la ciencia económica en su país sino que ellos mismos fueron economistas en cierta medida. En Locke encontramos las primeras formulaciones de una teoría cuantitativa del dinero. La aportación de Hume es más importante aún. Además de sus críticas al mercantilismo, sus trabajos sobre el dinero, el comercio exterior y el interés lo sitúan entre los grandes precursores. Pero sin duda alguna que la obra fundamental de la ciencia económica en sus primeros tiempos es *La Riqueza de las Naciones*, de Adam Smith. Frente a la labor dispersa del pasado, el profesor de filosofía moral de la Universidad de Glasgow reunió en su libro toda la explicación del mundo económico de su época, investigó las causas fundamentales y las leyes que regían su movimiento, dedujo los principios políticos que debían aplicarse a esta actividad social. Todos los descubrimientos de los economistas anteriores entraron en un cuerpo de teoría sólido y coordinado donde además hallaron expresión las aspiraciones del capitalismo en desarrollo con una fuerza y un vigor tal como pocas veces sucede en la historia del pensamiento.

En el método de Smith se refleja con claridad la tradición empirista inglesa. Aunque cree en el orden natural de los fisiócratas él va a buscar la explicación de los hechos económicos en la observación de los mismos, en la historia, en los problemas vivos. Es asombrosa la capacidad de observación que revela su libro y la forma de utilizarla en sus razonamientos. Nada más lejos de Smith que establecer hipótesis y demostrarlas por métodos racionales. Es en la experiencia donde está la fuente principal de su conocimiento y de allí extraerá una imagen viva y leyes mecánicas que rigen un mundo económico donde se cumplen principios naturales y donde la intervención del Estado no podría sino alterar el funcionamiento de dicho orden.

A pesar de esta tradición es en Inglaterra donde el método deductivo y el sistema de conocimiento racionalista en la ciencia económica van a encontrar su máxima expresión, y justamente en la obra del mayor clásico de esta disciplina en el siglo XIX: David Ricardo. Los *Principios de Economía Política y Tributación*, su obra máxima, tanto en su contenido como en su presentación, son un magnífico exponente del razonamiento que parte de hipótesis e infiere conclusiones y en esa forma elabora esquemas racionales explicativos de fenómenos sociales. Tales esquemas y explicaciones han perdurado por largo tiempo indiscutidos en el campo de la teoría y en sus aplicaciones a la práctica y, esto tiene particular importancia, debido principalmente a su valor lógico antes que a la justeza de las hipótesis. En efecto, de las teorías del valor, de la renta de la tierra, de la moneda, del comercio internacional, según los esquemas ricardianos, queda hoy poco, casi nada. Y, sin embargo, seguimos admirando su obra como 'el aporte más completo que recibiera la economía en sus comienzos. Partiendo de supuestos o de postulados Ricardo llegó más adelante que nadie en el camino de construir una interpretación de los fenómenos económicos, de elaborar, partiendo de la teoría, reglas de política que han mostrado su utilidad. Su flaqueza estaba en las hipótesis iniciales y al surgir otras que lo impugnan ha desaparecido el esquema de Ricardo como explicación científica del fenómeno económico. Pero ello no quiere decir que pueda menospreciarse el papel histórico que ha desempeñado. Se puede comparar lo sucedido en esta materia con lo que ha acontecido en el terreno de la geometría y la física modernas. Las geometrías no-euclidianas y la física relativista, aunque cambien sustancialmente nuestra concepción del espacio y del universo, no pueden conducirnos a negar que todo el avance científico hecho hasta hoy en sus respectivas disciplinas se debe a la geometría euclidiana y a la física de Galileo, Kepler y Newton.

Podría dejar la ciencia económica inglesa en Ricardo para no volver a ella sino a fines del siglo, cuando nuevas influencias filo-

sóficas van a significar cambios fundamentales en la concepción y elaboración de la teoría. En efecto, desde un punto de vista epistemológico su camino no se apartará esencialmente del trazado por el autor a quien acabamos de referirnos. Sin embargo, una escuela de ética surgida en Inglaterra va a encontrar en el fenómeno económico un fundamento para su justificación y va a llevar a la ciencia económica atada a su carro filosófico, al menos en el concepto de muchas personas. Se trata del utilitarismo, la doctrina de Bentham y James Mill, que identificaba el bienestar con el bien y que establecía como principio que la búsqueda de la felicidad es el sumo bien. Ciertamente que no se trata de un hedonismo simple ni de una exaltación del egoísmo. El bienestar a que se refieren los utilitaristas, principalmente Stuart Mill, es el bienestar general que resulta de la armonía de los intereses individuales. En ninguna otra parte podría encontrarse un ejemplo mejor para la demostración de la doctrina que en la ciencia y en la actividad económicas. Un gran economista anterior a Smith y su antecesor en la cátedra de filosofía de Glasgow, Hutcheson, había expresado ideas utilitaristas. Ricardo mismo había sido amigo de James Mill. El hijo de éste, John Stuart Mill, será al mismo tiempo un gran filósofo utilitarista y un celebrado expositor de la ciencia económica. En la concepción clásica del fenómeno económico se suponen hombres en persecución de su beneficio individual que, al enfrentarse con otros hombres en idéntica posición, no crean la anarquía y el desorden sino un orden natural o, como diría Bastiat, las armonías económicas. Nada más fácil que adscribir la ciencia económica a la escuela utilitaria, incluso al hedonismo. Los economistas, creyeron muchos, al crear la figura del *homo oeconomicus* establecieron el principio filosófico de que el hombre es un ser en busca de su satisfacción individual, y nada más. No se comprendió, no se comprende aún hoy por muchas personas cultas, que el llamado *homo oeconomicus* no fué sino una abstracción metódica destinada a estudiar el fenómeno económico aislado, y de ninguna manera una escuela ética. Si el hombre, en

su actividad económica, procura la satisfacción de sus necesidades se pensó que debía ser estudiado en ese aspecto de sus relaciones sociales, sin que por ello se negaran sus inclinaciones altruistas religiosas, artísticas y demás. Mucho menos se trató de adjudicar un valor moral a semejante aspecto parcial de su compleja personalidad. La ciencia económica moderna ha superado ese concepto y no ha creído necesario mantener la ficción del *homo oeconomicus*. La actividad económica de los individuos está o puede estar determinada por motivos de la índole más diversa que no interesan a la ciencia económica. Lo que se estudia es la actividad en sí, las relaciones que ella crea, su esencia y sus leyes, sin tratar de llegar a los diversos motivos individuales que pertenecerán, en todo caso, a otras ciencias psicológicas o sociales pero que no son necesarias para la comprensión del fenómeno económico mismo.

A partir de Ricardo, la economía clásica parece sufrir, como dice Schmoller, una especie de anemia. Los esquemas abstractos son repetidos y exagerados en Inglaterra y Francia por autores que se apartan cada día más de una realidad dinámica y pujante. Conflictos económicos entre naciones y entre clases sociales irrumpen con fuerza inusitada mientras una teoría anquilosada sigue repitiendo los mismos conceptos y dando la espalda a la realidad social. La reacción contra la escuela clásica tenía que acaecer y esta reacción está íntimamente ligada a los acontecimientos políticos y al desarrollo filosófico del país que en esos momentos empezaba a luchar por un lugar bajo el sol: Alemania.

Bajo la hegemonía de Prusia el país teutón comienza a reintegrarse desde los inicios del siglo XIX, primero en el terreno económico y espiritual que en el político. Una industria naciente se encontrará en determinado momento limitada en su expansión por la competencia en sus propios mercados internos de las mercancías de las islas británicas, que nacieron antes a la vida del capitalismo. La ciencia económica dominante, con su doctrina del *laissez faire*, no podrá satisfacer las aspiraciones legítimas de una nación

que desea seguir adelante en su desarrollo material. Paralelamente, los sentimientos nacionales de Alemania, su anhelo de unificación, van a encontrar los más brillantes exponentes en la formidable corriente de pensamiento que se conoce con el nombre de filosofía idealista alemana. La capacidad especial del pueblo alemán para la filosofía y la influencia que en él ejercen sus grandes pensadores se va a poner de manifiesto en la revolución ocurrida en la ideología económica bajo el efecto de las grandes teorías filosóficas. Tanto éstas como las nuevas corrientes económicas tienen su origen en una misma necesidad colectiva, en una común aspiración nacional. Pero el pensamiento filosófico adquiere madurez y consistencia antes que la elaboración científico-social y la proveerá de los instrumentos racionales requeridos para combatir y desconocer la armadura de la economía clásica inglesa.

Es lugar común en el campo de la filosofía señalar el nacimiento del idealismo alemán con el sistema de Kant. Y, sin embargo, nada más distante del nacionalismo exaltado de Fichte o de Hegel que el espíritu universalista de Kant. Sus estudios críticos, esa construcción incomparable en la teoría del conocimiento y en la ética, lo sitúan como el pináculo en el desarrollo de la filosofía racionalista, sin relación alguna con el problema alemán. Su ensayo *Sobre la Paz Perpetua*, publicado en el ocaso de su vida, es de un internacionalismo tan acentuado que llega a abogar por una federación internacional de Estados. Pero en sus estudios críticos Kant ha puesto de relieve la figura del "yo" con autonomía propia en el terreno del conocimiento y de la moral frente al simple sujeto cognoscente de los filósofos que lo antecedieron. El racionalismo de un Leibniz y el empirismo de un Hume encuentran su síntesis en la teoría del conocimiento de Kant. Las experiencias son el origen del conocimiento, pero no el conocimiento en sí. Éste no es posible sino mediante las instituciones de espacio y tiempo y los conceptos generales *a priori* o categorías. Para la filosofía kantiana el conocimiento no ha de regirse por los objetos, sino los objetos por el conocimiento. Esta exaltación del

sujeto cognoscente va estrechamente ligada al hombre como sujeto de conciencia moral, fin en sí mismo. Fichte ha de desarrollar esta concepción del yo hasta sus últimos límites y construirá a base de ella su teoría del Estado sobre base nacionalista, el Estado regulador de la vida económica. Con Fichte el Estado comienza a ser objeto de la filosofía, unidad llamada a cumplir un fin, a realizar una obra espiritual y material para que el "yo" pueda desarrollarse plenamente. Pero es en Hegel donde la filosofía idealista llega a su máxima expresión y es a su vez el pensamiento hegeliano el que ejercerá la mayor influencia en la ciencia y la ideología alemanas durante la primera mitad del siglo XIX y aun en épocas posteriores. Del arsenal inmenso y difícil de la filosofía hegeliana mencionaré los dos aspectos siguientes por su importancia especial en el desarrollo de la ciencia económica. Primero, la concepción organicista del mundo y de sus instituciones. Frente al criterio atomista de la filosofía prekantiana en Hegel el universo en sí, las naciones, el Estado, constituyen unidades, todos con vida y espíritu propios y sujetos, como los organismos, a una evolución progresiva y ascendente. A diferencia de Fichte, el Estado no es en Hegel un medio para la realización del "yo", sino un valor en sí, un organismo moral, la manera como se realiza la Idea, el Espíritu Absoluto. Segundo, la aplicación a la evolución histórica de los principios dialécticos que caracterizan la lógica hegeliana. La contraposición entre los objetos como tesis, el pensamiento como antítesis y la síntesis en el conocimiento racional de las cosas, la tríada hegeliana, es trasplantada por Hegel al proceso del tiempo y de la historia universal. Todo el acontecer social se cumple mediante las reglas de la evolución dialéctica, por la oposición de los contrarios que conduce a una síntesis, la que a su vez será tesis de una nueva evolución. En esa forma se va realizando el espíritu objetivo en un movimiento evolutivo ascendente, en una trayectoria donde cada estadio supera al anterior hasta llegar al estadio germánico que Hegel considera como la plena madurez del espíritu.

La ciencia económica alemana de mediados del siglo XIX estará

impregnada del sentido organicista y evolucionista de la filosofía nacional, contra la aspiración universalista y el carácter de leyes válidas para todos los tiempos y países que caracterizan la escuela clásica anglofrancesa. Federico List comenzará por atacar a Adam Smith y su escuela por haber inventado una hipótesis cosmopolita aplicable a lo sumo en el futuro más lejano y que desconoce la realidad actual. Frente a esta concepción asienta: "Como elemento característico distintivo del sistema por mí establecido señalo la nacionalidad. Toda mi estructura se basa sobre la naturaleza de la nacionalidad, como eslabón entre el individuo y la humanidad." "Uno de los principales objetos a que debe aspirar la nación es, y tiene que ser, el mantenimiento, desarrollo y perfección de la nacionalidad", y estas condiciones "se hallan principalmente condicionadas por la situación económica". Ahora bien, las naciones evolucionan desde el punto de vista económico a través de etapas que List denomina estado salvaje, estado pastoril, estado agrícola-manufacturero, estado agrícola-manufacturero comercial. "Cualquier nación que conceda algún valor a la autonomía y a la supervivencia debe esforzarse por superar cuanto antes pueda el estado cultural inferior" y para ello nada más adecuado que un sistema aduanero proteccionista. Semejantes ideas significan una revolución en el pensamiento económico. El mecanicismo de los fisiócratas y los clásicos, el orden natural de Smith, las leyes universales de Ricardo son reemplazadas por un concepto nacional y evolutivo, por una ciencia relativa cuyos resultados están condicionados al momento histórico que vive cada país. También en el método, List estará en el campo opuesto a los clásicos. "En contraposición directa con la teoría —dice— el autor se esforzará, en primer término, por extraer las enseñanzas de la historia, derivando de ellas sus normas fundamentales." Y en cuanto a la actuación del Estado, en contraposición al liberalismo y al anti-intervencionismo de los clásicos, la nueva ciencia alemana acoge los principios de Fichte en cuanto a que el Estado es responsable del bienestar y el

progreso económico y debe tener, por lo tanto, una intervención activa.

Dos años después de la aparición del libro fundamental de List, el *Sistema Nacional de Economía Política*, Guillermo Roscher publica, en 1843, su *Compendio de un Curso de Economía Política, según el Método Histórico*, que señala el nacimiento de la escuela histórica en la ciencia económica. El método histórico había sido aplicado ya en las ciencias sociales, particularmente en la esfera del derecho, donde la obra de Savigny había asestado un fuerte golpe al racionalismo del siglo XVIII. Ahora se intentaba fundar la ciencia económica, no en leyes racionales, sino en el estudio y evolución de las instituciones y el pensamiento económico. Las ideas al principio tímidas de Roscher cobran más fuerza en Hildebrand y Knies, quienes niegan la existencia de leyes económicas naturales y las sustituyen por leyes de desarrollo o por analogías. La escuela histórica adquirirá su máximo esplendor a partir de 1870 con la llamada "nueva escuela", cuyos estudios sobre los más diversos aspectos de la historia económica constituyen aportaciones considerables al desarrollo no sólo de la economía sino de todas las ciencias sociales. Lo importante de la escuela histórica es que frente al concepto universalista y racionalista de los clásicos presenta los fenómenos económicos como estrechamente ligados al momento histórico y a las otras instituciones sociales con las cuales coexisten. De nuevo vemos la influencia del organismo y del evolucionismo de la filosofía en el pensamiento social teórico. La joven escuela histórica llegará en la práctica al escepticismo científico en materia económica, a renunciar a la investigación de las leyes económicas y a construir en cambio monumentales trabajos sobre hechos e instituciones de las épocas anteriores.

La elaboración económica más importante que se crea bajo la influencia del idealismo alemán es el sistema de Marx. Y, sin embargo, el marxismo se formará en lucha despiadada contra los dos pilares fundamentales de esa filosofía: el idealismo mismo y el Esta-

do alemán. Marx es un filósofo y un economista, y lo importante para el tema que hoy desarrollamos es que su sistema científico económico forma parte y está integrado dentro de su sistema filosófico con un riguroso criterio lógico. Algunos han supuesto que Marx negó la filosofía, tal vez influídos por el título de una de sus obras, la *Miseria de la Filosofía*. Pero semejante título no encierra una cuestión de fondo sino es más bien un elegante juego de palabras para combatir lo que él considera pobreza y mediocridad de Proudhon, cuyo libro, *Filosofía de la Miseria*, es objeto de la crítica despiadada de Marx. En realidad Marx es un producto auténtico de la filosofía hegeliana como él mismo lo declarará a todo lo largo de su voluminosa obra. La base fundamental de la filosofía marxista es la dialéctica, la oposición de los contrarios, la afirmación, la negación y la negación de la negación o síntesis en todas las manifestaciones espirituales y materiales. Sólo que Marx rechazará totalmente el idealismo y se acogerá al materialismo alemán que había tenido en Feuerbach su mayor exponente. No es la idea lo que determina el ser, sino el ser, las fuerzas materiales, lo que determina el pensar. Marx mismo dirá en el prólogo a la segunda edición de *El Capital*: "La mixtificación que sufre la dialéctica en manos de Hegel no es en modo alguno obstáculo para reconocer que Hegel fué el primero en exponer conscientemente y en toda su amplitud las formas generales del proceso dialéctico. Pero Hegel la coloca de cabeza. Hay que darle la vuelta para descubrir el meollo racional que encubre la envoltura mística." Partiendo de esta base filosófica Marx irá a estudiar la sociedad como proceso dialéctico determinado por condiciones materiales y establece la tesis del materialismo histórico. Oigamos sus propias palabras en la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, donde se sintetizan admirablemente sus ideas: "En la vida social los hombres, independientemente de su voluntad, entran en determinadas relaciones de producción; estas relaciones corresponden a un nivel de desarrollo de sus fuerzas materiales de producción. La suma de estas relaciones de producción constituye la estructura econó-

su actividad económica, procura la satisfacción de sus necesidades, se pensó que debía ser estudiado en ese aspecto de sus relaciones sociales, sin que por ello se negaran sus inclinaciones altruistas, religiosas, artísticas y demás. Mucho menos se trató de adjudicar un valor moral a semejante aspecto parcial de su compleja personalidad. La ciencia económica moderna ha superado ese concepto y no ha creído necesario mantener la ficción del *homo oeconomicus*. La actividad económica de los individuos está o puede estar determinada por motivos de la índole más diversa que no interesan a la ciencia económica. Lo que se estudia es la actividad en sí, las relaciones que ella crea, su esencia y sus leyes, sin tratar de llegar a los diversos motivos individuales que pertenecerán, en todo caso, a otras ciencias psicológicas o sociales pero que no son necesarias para la comprensión del fenómeno económico mismo.

A partir de Ricardo, la economía clásica parece sufrir, como dice Schmoller, una especie de anemia. Los esquemas abstractos son repetidos y exagerados en Inglaterra y Francia por autores que se apartan cada día más de una realidad dinámica y pujante. Conflictos económicos entre naciones y entre clases sociales irrumpen con fuerza inusitada mientras una teoría anquilosada sigue repitiendo los mismos conceptos y dando la espalda a la realidad social. La reacción contra la escuela clásica tenía que acaecer y esta reacción está íntimamente ligada a los acontecimientos políticos y al desarrollo filosófico del país que en esos momentos empezaba a luchar por un lugar bajo el sol: Alemania.

Bajo la hegemonía de Prusia el país teutón comienza a reintegrarse desde los inicios del siglo XIX, primero en el terreno económico y espiritual que en el político. Una industria naciente se encontrará en determinado momento limitada en su expansión por la competencia en sus propios mercados internos de las mercancías de las islas británicas, que nacieron antes a la vida del capitalismo. La ciencia económica dominante, con su doctrina del *laissez faire*, no podrá satisfacer las aspiraciones legítimas de una nación

que desea seguir adelante en su desarrollo material. Paralelamente, los sentimientos nacionales de Alemania, su anhelo de unificación, van a encontrar los más brillantes exponentes en la formidable corriente de pensamiento que se conoce con el nombre de filosofía idealista alemana. La capacidad especial del pueblo alemán para la filosofía y la influencia que en él ejercen sus grandes pensadores se va a poner de manifiesto en la revolución ocurrida en la ideología económica bajo el efecto de las grandes teorías filosóficas. Tanto éstas como las nuevas corrientes económicas tienen su origen en una misma necesidad colectiva, en una común aspiración nacional. Pero el pensamiento filosófico adquiere madurez y consistencia antes que la elaboración científico-social y la proveerá de los instrumentos racionales requeridos para combatir y desconocer la armadura de la economía clásica inglesa.

Es lugar común en el campo de la filosofía señalar el nacimiento del idealismo alemán con el sistema de Kant. Y, sin embargo, nada más distante del nacionalismo exaltado de Fichte o de Hegel que el espíritu universalista de Kant. Sus estudios críticos, esa construcción incomparable en la teoría del conocimiento y en la ética, lo sitúan como el pináculo en el desarrollo de la filosofía racionalista, sin relación alguna con el problema alemán. Su ensayo *Sobre la Paz Perpetua*, publicado en el ocaso de su vida, es de un internacionalismo tan acentuado que llega a abogar por una federación internacional de Estados. Pero en sus estudios críticos Kant ha puesto de relieve la figura del "yo" con autonomía propia en el terreno del conocimiento y de la moral frente al simple sujeto cognoscente de los filósofos que lo antecedieron. El racionalismo de un Leibniz y el empirismo de un Hume encuentran su síntesis en la teoría del conocimiento de Kant. Las experiencias son el origen del conocimiento, pero no el conocimiento en sí. Éste no es posible sino mediante las instituciones de espacio y tiempo y los conceptos generales *a priori* o categorías. Para la filosofía kantiana el conocimiento no ha de regirse por los objetos, sino los objetos por el conocimiento. Esta exaltación del

sujeto cognoscente va estrechamente ligada al hombre como sujeto de conciencia moral, fin en sí mismo. Fichte ha de desarrollar esta concepción del yo hasta sus últimos límites y construirá a base de ella su teoría del Estado sobre base nacionalista, el Estado regulador de la vida económica. Con Fichte el Estado comienza a ser objeto de la filosofía, unidad llamada a cumplir un fin, a realizar una obra espiritual y material para que el "yo" pueda desarrollarse plenamente. Pero es en Hegel donde la filosofía idealista llega a su máxima expresión y es a su vez el pensamiento hegeliano el que ejercerá la mayor influencia en la ciencia y la ideología alemanas durante la primera mitad del siglo XIX y aun en épocas posteriores. Del arsenal inmenso y difícil de la filosofía hegeliana mencionaré los dos aspectos siguientes por su importancia especial en el desarrollo de la ciencia económica. Primero, la concepción organicista del mundo y de sus instituciones. Frente al criterio atomista de la filosofía prekantiana en Hegel el universo en sí, las naciones, el Estado, constituyen unidades, todos con vida y espíritu propios y sujetos, como los organismos, a una evolución progresiva y ascendente. A diferencia de Fichte, el Estado no es en Hegel un medio para la realización del "yo", sino un valor en sí, un organismo moral, la manera como se realiza la Idea, el Espíritu Absoluto. Segundo, la aplicación a la evolución histórica de los principios dialécticos que caracterizan la lógica hegeliana. La contraposición entre los objetos como tesis, el pensamiento como antítesis y la síntesis en el conocimiento racional de las cosas, la tríada hegeliana, es trasplantada por Hegel al proceso del tiempo y de la historia universal. Todo el acontecer social se cumple mediante las reglas de la evolución dialéctica, por la oposición de los contrarios que conduce a una síntesis, la que a su vez será tesis de una nueva evolución. En esa forma se va realizando el espíritu objetivo en un movimiento evolutivo ascendente, en una trayectoria donde cada estadio supera al anterior hasta llegar al estadio germánico que Hegel considera como la plena madurez del espíritu.

La ciencia económica alemana de mediados del siglo XIX estará

impregnada del sentido organicista y evolucionista de la filosofía nacional, contra la aspiración universalista y el carácter de leyes válidas para todos los tiempos y países que caracterizan la escuela clásica anglofrancesa. Federico List comenzará por atacar a Adam Smith y su escuela por haber inventado una hipótesis cosmopolita aplicable a lo sumo en el futuro más lejano y que desconoce la realidad actual. Frente a esta concepción asienta: "Como elemento característico distintivo del sistema por mí establecido señalo la nacionalidad. Toda mi estructura se basa sobre la naturaleza de la nacionalidad, como eslabón entre el individuo y la humanidad." "Uno de los principales objetos a que debe aspirar la nación es, y tiene que ser, el mantenimiento, desarrollo y perfección de la nacionalidad", y estas condiciones "se hallan principalmente condicionadas por la situación económica". Ahora bien, las naciones evolucionan desde el punto de vista económico a través de etapas que List denomina estado salvaje, estado pastoril, estado agrícola-manufacturero, estado agrícola-manufacturero comercial. "Cualquier nación que conceda algún valor a la autonomía y a la supervivencia debe esforzarse por superar cuanto antes pueda el estado cultural inferior" y para ello nada más adecuado que un sistema aduanero proteccionista. Semejantes ideas significan una revolución en el pensamiento económico. El mecanicismo de los fisiócratas y los clásicos, el orden natural de Smith, las leyes universales de Ricardo son reemplazadas por un concepto nacional y evolutivo, por una ciencia relativa cuyos resultados están condicionados al momento histórico que vive cada país. También en el método, List estará en el campo opuesto a los clásicos. "En contraposición directa con la teoría—dice—el autor se esforzará, en primer término, por extraer las enseñanzas de la historia, derivando de ellas sus normas fundamentales." Y en cuanto a la actuación del Estado, en contraposición al liberalismo y al anti-intervencionismo de los clásicos, la nueva ciencia alemana acoge los principios de Fichte en cuanto a que el Estado es responsable del bienestar y el

progreso económico y debe tener, por lo tanto, una intervención activa.

Dos años después de la aparición del libro fundamental de List, el *Sistema Nacional de Economía Política*, Guillermo Roscher publica, en 1843, su *Compendio de un Curso de Economía Política, según el Método Histórico*, que señala el nacimiento de la escuela histórica en la ciencia económica. El método histórico había sido aplicado ya en las ciencias sociales, particularmente en la esfera del derecho, donde la obra de Savigny había asestado un fuerte golpe al racionalismo del siglo XVIII. Ahora se intentaba fundar la ciencia económica, no en leyes racionales, sino en el estudio y evolución de las instituciones y el pensamiento económico. Las ideas al principio tímidas de Roscher cobran más fuerza en Hildebrand y Knies, quienes niegan la existencia de leyes económicas naturales y las sustituyen por leyes de desarrollo o por analogías. La escuela histórica adquirirá su máximo esplendor a partir de 1870 con la llamada "nueva escuela", cuyos estudios sobre los más diversos aspectos de la historia económica constituyen aportaciones considerables al desarrollo no sólo de la economía sino de todas las ciencias sociales. Lo importante de la escuela histórica es que frente al concepto universalista y racionalista de los clásicos presenta los fenómenos económicos como estrechamente ligados al momento histórico y a las otras instituciones sociales con las cuales coexisten. De nuevo vemos la influencia del organismo y del evolucionismo de la filosofía en el pensamiento social teórico. La joven escuela histórica llegará en la práctica al escepticismo científico en materia económica, a renunciar a la investigación de las leyes económicas y a construir en cambio monumentales trabajos sobre hechos e instituciones de las épocas anteriores.

La elaboración económica más importante que se crea bajo la influencia del idealismo alemán es el sistema de Marx. Y, sin embargo, el marxismo se formará en lucha despiadada contra los dos pilares fundamentales de esa filosofía: el idealismo mismo y el Esta-

do alemán. Marx es un filósofo y un economista, y lo importante para el tema que hoy desarrollamos es que su sistema científico económico forma parte y está integrado dentro de su sistema filosófico con un riguroso criterio lógico. Algunos han supuesto que Marx negó la filosofía, tal vez influídos por el título de una de sus obras, la *Miseria de la Filosofía*. Pero semejante título no encierra una cuestión de fondo sino es más bien un elegante juego de palabras para combatir lo que él considera pobreza y mediocridad de Proudhon, cuyo libro, *Filosofía de la Miseria*, es objeto de la crítica despiadada de Marx. En realidad Marx es un producto auténtico de la filosofía hegeliana como él mismo lo declarará a todo lo largo de su voluminosa obra. La base fundamental de la filosofía marxista es la dialéctica, la oposición de los contrarios, la afirmación, la negación y la negación de la negación o síntesis en todas las manifestaciones espirituales y materiales. Sólo que Marx rechazará totalmente el idealismo y se acogerá al materialismo alemán que había tenido en Feuerbach su mayor exponente. No es la idea lo que determina el ser, sino el ser, las fuerzas materiales, lo que determina el pensar. Marx mismo dirá en el prólogo a la segunda edición de *El Capital*: "La mixtificación que sufre la dialéctica en manos de Hegel no es en modo alguno obstáculo para reconocer que Hegel fué el primero en exponer conscientemente y en toda su amplitud las formas generales del proceso dialéctico. Pero Hegel la coloca de cabeza. Hay que darle la vuelta para descubrir el meollo racional que encubre la envoltura mística." Partiendo de esta base filosófica Marx irá a estudiar la sociedad como proceso dialéctico determinado por condiciones materiales y establece la tesis del materialismo histórico. Oigamos sus propias palabras en la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, donde se sintetizan admirablemente sus ideas: "En la vida social los nombres, independientemente de su voluntad, entran en determinadas relaciones de producción; estas relaciones corresponden a un nivel de desarrollo de sus fuerzas materiales de producción. La suma de estas relaciones de producción constituye la estructura econó-

mica de la sociedad, su fundamento real, sobre el cual se levanta una superestructura legal y política y a la cual corresponden formas definidas de la conciencia social. El modo de producción en la vida material determina en general el proceso de la vida social, política e intelectual." Hasta allí el materialismo. Pero, naturalmente, la sociedad es un proceso dialéctico que Marx concibe de esta manera: "En un cierto momento de su desarrollo, las fuerzas materiales de producción en la sociedad entran en conflicto con las relaciones de producción existentes o, lo que no es sino una expresión legal para la misma cosa, con relaciones de propiedad dentro de las cuales han trabajado hasta entonces. De elementos de desarrollo de las fuerzas de producción, estas relaciones se han transformado en sus cadenas. Entonces comienza una época de revolución social." El estudio de la ciencia económica no es sino una consecuencia de esta filosofía general. El análisis de las relaciones de producción es el fundamento de la comprensión de todas las relaciones sociales y Marx construirá un sistema de economía que tiene por objeto el estudio de las leyes de funcionamiento y evolución de una etapa del proceso social, de la etapa capitalista. Como economista Marx se inspira en Ricardo. Sus tesis puramente económicas son desarrollos del pensamiento inglés clásico expuesto por el autor citado. Pero hay una diferencia fundamental. Ricardo, dirá el mismo Marx, "establece la oposición de los intereses de clase como piedra angular de sus investigaciones: el salario y el beneficio, el beneficio y la renta, aunque concibe ingenuamente esta oposición como ley natural de la sociedad." Por el contrario, Marx, el dialéctico, verá en la lucha de intereses y clases dentro de la sociedad capitalista la manifestación de una tesis y una antítesis que conducirá por fuerza a una nueva etapa social. La economía política no es, pues, para Marx, sino la ciencia de una etapa del devenir histórico, de la sociedad capitalista. Pero a diferencia de los historicistas, para él las relaciones de producción están sometidas a leyes, a leyes de desarrollo que se descubren por el mismo método que aplicó Ricardo, por la abstracción. Marx utilizará profusamente

las enseñanzas de la historia, pero será principalmente para ilustrar y comprobar los principios generales expuestos y demostrados en la tradición del racionalismo.

El hegelianismo marca el fin de los grandes sistemas filosóficos. Hacia mediados del siglo XIX toma cuerpo una reacción contra la excesiva especulación del idealismo alemán, contra su ambición de encerrar en una teoría la explicación de todos los grandes problemas que preocupan a la mente y a las sociedades humanas. Una forma de esta reacción es el positivismo que, si se quiere, es un sistema pero un sistema que niega la filosofía, que se basa exclusivamente sobre los datos de la ciencia positiva y tiene que renunciar, en definitiva, a toda metafísica. Otra forma es el neo-kantismo, con su vuelta a la teoría del conocimiento como motivo principal de la especulación filosófica. La Iglesia Católica, por su lado, trata de hacer frente a la dispersión y por boca de León XIII declara en 1879, en la encíclica *Aeterni patris*, que la filosofía de Santo Tomás es la única verdadera. El resultado es la formación en el terreno filosófico de varias ramas que se desarrollan precisamente a fines del siglo XIX y en el curso del siglo XX y que en lugar de unificarse en un sistema crecen y se perfeccionan con independencia una de otra. Tenemos así una filosofía de la vida que va de Nietzsche a Bergson y de Bergson a Heidegger y los existencialistas. Tenemos una nueva metafísica distinta totalmente de la antigua, con su base en el empirismo y su preocupación cardinal en el ser. Tenemos una nueva lógica y una teoría del conocimiento que han llegado a realizar inmensos progresos y que han permitido a la ciencia moderna someter a un examen racional sus principios y sus métodos. Es con esta rama de la actividad filosófica con la que estará en mayor contacto, desde finales del siglo pasado hasta hoy, el pensamiento económico.

Hacia 1870 empieza a tomar cuerpo una nueva forma de racionalismo que terminará por imprimir su sello a la ciencia económica. En la historia de las teorías se señala el año mencionado como la fecha en que tres investigadores de distintas naciones y trabajando

por separado descubrieron un principio nuevo que desde entonces ha constituido la piedra fundamental de toda la construcción económica: el principio de la utilidad marginal. En efecto, Stanley Jevons en Inglaterra, Léon Walras en Lausanne y Karl Menger en Austria, por métodos distintos, llegan a sentar como base del valor de cambio de las mercancías la utilidad que representa para cada uno de los sujetos que participan en el proceso de cambio las últimas unidades de los bienes intercambiados. Este hecho aparentemente simple va a transformar el edificio económico. En primer lugar, porque va a reivindicar la importancia de la ley abstracta como fundamento del conocimiento económico, como principio del cual hay que partir para encontrar una explicación racional a los fenómenos más complejos de la vida ordinaria. En segundo lugar, porque frente a las teorías objetivas de los clásicos que basaban la equivalencia de precio de las mercancías intercambiadas en el costo de producción o en el trabajo requerido para producirlas, va a resucitar y a remozar las viejas teorías subjetivas que miran en el consumidor el origen y fundamento del fenómeno económico. Ahora bien, toda la construcción ricardiana y toda la economía marxista partían de un postulado inicial, la teoría del valor-trabajo. Quebrantado ese postulado, como pretendía hacerlo la nueva teoría subjetiva, todo el edificio de ambas escuelas quedaba destruido y había que proceder a levantar de nuevo y desde sus cimientos el armazón de la ciencia económica. Las nuevas corrientes se forman, pues, en una lucha de dos frentes: en el uno, contra el historicismo y contra el relativismo de la ciencia económica; en el otro, contra las corrientes clásicas y marxistas y contra su piedra fundamental, la teoría objetiva del valor. Este último aspecto pertenece estrictamente a la ciencia económica y su relación con la filosofía es más lejana. No nos ocuparemos de él sino incidentalmente, en la medida en que sea necesario hacerlo para ilustrar los desarrollos epistemológicos que sí guardan estrecha relación con el progreso filosófico de las últimas décadas.

El primer resultado que cabe destacar en la labor filosófico-científica de la teoría económica en la etapa que consideramos es la fijación del objeto de la ciencia y de la naturaleza del fenómeno económico. En este particular, es innegable la influencia de la nueva lógica y de la fenomenología de Husserl. Aplicando sus principios, se ha intentado llegar a la “esencia” de los fenómenos bajo estudio. El proceso de elaboración ha sido lento y podrían citarse muchos nombres ilustres que han ido aportando su contribución, pero parece más conveniente limitarse a los últimos resultados. Lo esencial del fenómeno económico es la “alternativa”, la elección entre bienes escasos. Sólo los bienes escasos tienen contenido económico, aquellos que no son ilimitados en relación a la necesidad que se tiene de ellos. El aire que respiramos, el agua del río donde nos bañamos no son bienes económicos mientras podamos disponer de ellos sin limitación alguna. Pero en cuanto por alguna circunstancia se hacen escasos tendrán carácter económico y, en consecuencia, para disponer de ellos tendremos que dar algo en cambio. Pero el hecho de dar algo en cambio significa elegir entre lo que damos y lo que retenemos, o entre lo que guardamos y aquello a que renunciamos. La alternativa, la elección entre bienes escasos constituya la esencia de todo fenómeno económico. En el cambio de dos bienes, en la elección de un trabajo, en la decisión del empresario para usar tal o cual factor de producción o producir tal o cual mercancía, en la inversión de un particular o de un Estado para desarrollar tal producción en lugar de otra no encontramos otra cosa que la elección que tiene como objeto bienes o servicios que no son ilimitados. Para decirlo con una bella frase de uno de los más brillantes expositores contemporáneos, Lionel Robbins, “la Economía nos hace ver en toda su amplitud ese conflicto de elección, característica permanente de la existencia humana. El economista es un trágico de verdad”. Delimitado así el fenómeno económico será fácil precisar el objeto de la ciencia económica: estudiar la conducta

humana como una relación entre fines y medios limitados que tienen diferente aplicación.

En un libro aparecido el año pasado y que ha tenido gran acogida, *Human Action*, el gran economista austríaco von Mises concibe la ciencia económica como parte de una ciencia más amplia que tendría por objeto la acción humana. La economía así concebida sería la rama más elaborada hasta ahora de una disciplina de carácter más universal que él denomina *praxeología*. La acción es, para decirlo con sus propias palabras, "voluntad puesta en operación y transformada en un medio; es tender hacia fines y metas; es la respuesta intencionada del *ego* a los estímulos y condiciones del ambiente; es el ajuste consciente de la persona al estado del Universo que determina su vida". Esta acción humana podría estudiarse desde dos puntos de vista: o en su desarrollo en el tiempo o en el fenómeno y manifestaciones de la acción en sí. Lo primero sería objeto de la historia; lo segundo, de la praxeología. Y dentro de ésta, la acción que tiene por característica el cálculo económico sería el objeto de la ciencia económica. La concepción de von Mises no es sino un desarrollo más ambicioso y de fuerte sabor diltheyano del estudio fenomenológico que ha llevado a precisar la naturaleza esencial del acto económico.

La llamada "disputa de los métodos" está ligada al desenvolvimiento de la economía en toda la etapa del nuevo racionalismo. Desde el momento en que se intenta reconstruir la disciplina sobre la base de principios generales y leyes de aplicación universal, se entra en conflicto abierto con el escepticismo de los historicistas. Es justamente uno de los fundadores de la escuela de la utilidad marginal, Karl Menger, quien en su célebre obra *El Método de la Ciencia Económica*, aparecida en 1882, diferencia la economía como ciencia teórica de las investigaciones históricas y las aplicaciones prácticas de la misma. Los fenómenos económicos pueden mirarse desde dos puntos de vista: los fenómenos concretos o individuales y las relaciones concretas en el tiempo y en el espacio, o los tipos

de fenómenos y las relaciones típicas o leyes que hay tras de ellos. La primera forma de consideración corresponde a la historia y la estadística económica; la segunda, a la economía teórica. Sobre esta distinción va a desarrollarse la actividad de los economistas en los años siguientes. La teoría irá construyéndose sobre una base deductiva que, partiendo de la teoría de la utilidad marginal irá extrayendo consecuencias y desarrollos interpretativos de los fenómenos sociales reales: la teoría del cambio, la formación de los precios, las condiciones de la demanda y de la oferta, la productividad marginal, la imputación o distribución del ingreso entre los factores, la teoría del dinero y del interés, etc., etc. Caracterizan a la escuela marginalista en toda su etapa de formación algunos puntos de partida o supuestos que no son esenciales y que, sin embargo, van a confundirse con la teoría misma con grave perjuicio para su mejor comprensión. Uno de ellos es la indiferenciación entre el acto psicológico de la necesidad y los gustos del consumidor y la actuación de éste como sujeto económico en consecuencia de dichas manifestaciones. Sólo la última interesa a la economía como ciencia y, sin embargo, notables autores dedicaron trabajos exagerados a estudios psicológicos, no siempre de primera calidad, lo cual trajo como resultado el considerar la economía, o al menos la escuela de la utilidad marginal, como una especie de psicología, y un retardo en la identificación del fenómeno económico. Otro motivo de confusión es la resurrección por algún tiempo de la ética utilitarista. Nada menos que Jevons dirá que "el objeto de la economía política es determinar el máximo de felicidad que puede conseguirse, adquiriendo la mayor cantidad de placer posible con la menor cantidad de esfuerzo que se pueda". El calificativo de "escuela hedonista" tuvo su origen en semejante equivocación que, como dijimos antes, ha sido superada. En fin, y esto sí es esencial en la teoría, los marginalista partieron del supuesto de la competencia perfecta en su construcción económica y elaboraron un esquema explicativo de la sociedad basado en el libre juego de los productores y consumidores.

Semejante esquema iba a apartarse progresivamente de la realidad social en la medida en que los elementos de monopolio y diferenciación crecieran y se fortalecieran, como en efecto ha sucedido. El resultado ha sido una nueva teoría que, si bien parte en su origen del concepto marginal, niega muchos de los supuestos posteriores de la primitiva escuela y construye un esquema y una explicación del fenómeno económico basándose en los elementos imperfectos o monopolistas de la competencia y en los desequilibrios dinámicos que caracterizan la realidad.

Paralelamente a la escuela pura de la utilidad marginal un grupo de economistas notables intenta desechar los supuestos de naturaleza psicológica y construir un sistema económico partiendo de esquemas matemáticos que reflejen funcionalmente las fuerzas en acción en el mundo económico. Esta tendencia de la ciencia a expresarse en el lenguaje de las magnitudes y de las relaciones funcionales implica ya un desarrollo considerable en su proceso de formación y constituye, podemos decir, la aspiración de toda disciplina objetiva. Como dirá Whitehead, "la clasificación es una posada a medio camino entre la concreción inmediata de la cosa individual y la abstracción completa de las nociones matemáticas". Desde mediados del siglo XIX hubo precursores de importancia en la exposición de los fenómenos económicos mediante el simbolismo matemático, en particular el filósofo y economista francés Cournot. Pero es a partir de Walras, de Edgeworth y de Pareto cuando se construye todo un sistema explicativo que parte de la situación real de la posición del consumidor que distribuye su ingreso entre mercancías diversas, según principios de diferencia expresables en magnitudes espaciales o en funciones algebraicas, para llegar a una concepción del conjunto del mercado como un sistema de ecuaciones simultáneas que constituyen el "equilibrio general". Los esquemas explicativos de los teóricos de esta escuela son esquemas abstractos que pretenden, como declara Pareto, "investigar las uniformidades que presentan los fenómenos, es decir, sus leyes, sin tener en mientes

ninguna utilidad práctica directa". Su finalidad es comprender, conocer, saber y nada más. Es ciencia pura. La concepción del equilibrio general ha sido objeto de críticas por constituir un sistema ideal y no conformarse con la realidad del desequilibrio constante. Sin embargo, a partir de esta escuela el empleo de las matemáticas como medio de expresión de las relaciones y fenómenos económicos ha hecho inmensos progresos, y hoy puede decirse que la ciencia económica ha experimentado un mayor avance en la exactitud de sus formulaciones que muchas otras disciplinas de las cuales hubiera podido esperarse un progreso más rápido en esta dirección.

Como resultado de esta disputa y estas investigaciones metodológicas puede decirse que hay en la actualidad en la mayor parte de los economistas un consenso en cuanto a los principios epistemológicos fundamentales. Aquí también la nueva teoría del conocimiento y la lógica de Husserl han influido notablemente, como se evidencia en el libro de Félix Kaufmann, *Metodología de las Ciencias Sociales*. La ciencia económica, como toda ciencia, aspira a establecer principios generales explicativos del fenómeno económico. La experiencia suministra los materiales primarios, pero, como dice Henri Poincaré, "el sabio debe ordenar; se hace una ciencia con hechos como una casa con piedras, pero una acumulación de hechos no es una ciencia, lo mismo que un montón de piedras no es una casa". La ciencia, pues, partiendo de los hechos, generaliza, establece principios que no son sino hipótesis. De estos principios hará deducciones y extraerá conclusiones y así se formará el cuerpo de la teoría. Los desarrollos y conclusiones deberán llenar ciertas condiciones que Lionel Robbins resume en los conceptos de *validez* y *aplicabilidad*. "La validez de una teoría determinada es una cuestión de si deriva lógicamente de los supuestos generales que hace; pero su aplicabilidad a una situación dada depende de la amplitud con que sus conceptos reflejan realmente las fuerzas que operan en esa situación."

El convencionalismo expuesto, que tiene su expresión más cono-

cida en la obra de Poincaré y que es compartido por Kaufmann, constituye hoy, consciente o inconscientemente, el método de la mayor parte de los economistas. Existen, sin embargo, algunos que niegan a los supuestos básicos el carácter de hipótesis y siguen afe-rrados a considerar los principios generales ideas *a priori* de la más pura estirpe kantiana, conocimientos que se imponen como necesidad interior y tienen una validez universal. La más notable y reciente expresión de esta tendencia se encuentra en el libro de von Mises que citábamos hace unos momentos. Mises sigue, en cierta medida, el pensamiento filosófico de Dilthey, que al separar las ciencias del espíritu de las ciencias de la naturaleza, ha señalado en las primeras tres clases de enunciados: "Una de ellas expresa algo real que se ofrece en la percepción; contiene el elemento histórico del conocimiento. La otra desarrolla el comportamiento uniforme de los contenidos parciales de esa realidad que han sido aislados por abstracción; constituyen el elemento teórico de las mismas. La última clase expresa juicios de valor y prescribe reglas: abarca el elemento práctico de las mismas." Siguiendo a Dilthey, von Mises caracteriza la "comprensión" (*understanding*) como método de la historia y la abstracción como el de la praxeología y de su rama la economía. Dice Mises: "La tarea de las ciencias de la acción humana es la comprensión del significado y la pertinencia de la acción humana. Ellas aplican para este propósito dos procedimientos epistemológicos diferentes: concepción y comprensión. La concepción es el instrumento mental de la praxeología; la comprensión es el instrumento mental específico de la historia. La cognición de la praxeología es cognición conceptual. Se refiere a lo que es necesario en la acción humana. Es cognición de universales y de categorías. La cognición de la historia se refiere a lo que es único e individual en cada acontecimiento o clase de acontecimientos." Critica von Mises el convencionalismo de Poincaré y asigna a la razón la facultad de descubrir los conceptos praxeológicos por el hecho de que la acción es un producto de la razón. "Los teoremas obtenidos por correcto razona-

miento praxeológico —dice— son no sólo perfectamente ciertos e indiscutibles, como los teoremas matemáticos correctos. Ellos conducen, con la completa rigidez de su certeza e incontestabilidad apodíctica, a la realidad de la acción tal como aparece en la vida y en la historia. La praxeología comunica un conocimiento exacto y preciso de las cosas reales.”

El libro de Mises es actualmente objeto de discusiones y comentarios entre los economistas teóricos de América y Europa. Creo difícil que su racionalismo radical pueda quebrantar el arraigado convencionalismo que está presente en toda la elaboración económica contemporánea. Más aún, la misma concepción diltheyana de separación radical entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu comienza a ser quebrantada por los descubrimientos de la ciencia natural misma. El principio causal tiende a ser reemplazado por la probabilidad estadística, como resultado de las investigaciones en el campo de la microfísica. Si esto es cierto, podría pensarse que las leyes de la naturaleza no tienen una diferencia cualitativa con las leyes sociales, sino que se trata apenas de una diferencia de grado. El campo abierto en el mundo de hoy a la teoría de la ciencia y a las relaciones de ciencia y filosofía es así mayor que nunca. La duda cartesiana, el principio al que me refería al comienzo de esta disertación, como posición espiritual del científico, se ejerce hoy sobre toda la estructura positiva acumulada en el curso de los últimos siglos. Y esto abre un horizonte ilimitado para la armonización del pensamiento filosófico y del pensamiento científico y dentro de éste, como es lógico, de la ciencia social.

En un estricto sentido, ciencia es conocimiento y nada más. Averiguar la naturaleza y relaciones del mundo exterior, de las sociedades humanas, del ser biológico o del ser psíquico, he allí la misión del sabio. No hay intención ni moral, no hay finalidad, salvo la de saber en la actividad científica propiamente dicha. Las aplicaciones, los conceptos de valor son arte, ciencia aplicada, filosofía. A pesar de esta rigurosa clasificación lógica, la ciencia pura ha estado

en todo momento histórico condicionada a las necesidades y las aspiraciones prácticas de la humanidad. El arte de construir, de fijar las estaciones, de calcular, nacen antes que la matemática y la astronomía. El arte de curar antes que las ciencias biológicas. Más adelante la ciencia con sus descubrimientos permitirá el avance técnico y el perfeccionamiento de las distintas artes, pero también los requerimientos prácticos impulsarán la actividad del científico. Aparentemente separadas, la una en el mundo de la abstracción y las generalizaciones, la otra en el terreno de lo concreto y cotidiano, ciencia y vida han marchado armónicamente, en estrecha relación, y cuando la ciencia se ha separado de la vida se ha marchitado, igual que sucede a los seres humanos. La ciencia económica parece haber corrido ese peligro en su etapa neorracionalista. La abstracción, la deducción lógica, los procedimientos matemáticos, ejercieron tal fuerza de atracción en los cerebros de los economistas que poco a poco se olvidaron que la economía había nacido como resultado de un proceso social y que había de permanecer atenta a ese proceso, a sus cambios y a sus exigencias para no debilitar su fuerza vital. Mientras la teoría construía sus esquemas en torno a supuestos de perfecta competencia, de plena ocupación, de equilibrio, de distribución funcional de los ingresos, andaban campeantes por el mundo de las instituciones los elementos de monopolio, la desigualdad abrumadora de las riquezas, la desocupación en masa, los niveles infrahumanos de subsistencia. La reacción tenía que producirse, con la inevitable lucha ideológica que tales sucesos traen consigo en el terreno científico. Las nuevas corrientes se llaman economía del bienestar, teoría de la competencia monopólica, teoría de la ocupación, o simplemente buscan los elementos socialistas de las viejas escuelas que habían sido olvidados, para estudiarlos a la luz de los nuevos descubrimientos científicos. En todos ellos se acusa la tendencia decidida a salir de la soledad y el aislamiento del laboratorio para encontrar la inspiración, los problemas y los motivos de preocupación en medio de la calle, en el bullicio de la

vida. La expresión más resonante hasta ahora de este movimiento ha sido la obra de Keynes; tal vez por la maestría indudable que ha tenido para expresar los problemas más palpitantes y las tesis más heterodoxas en el más riguroso terreno científico. En los países de escaso desarrollo económico, cuyo pensamiento teórico marchaba hasta ahora dócilmente a la zaga de los maestros de las metrópolis, comienza a vislumbrarse un esfuerzo para construir obra científica que exprese sus peculiaridades y procure soluciones a sus aspiraciones.

¿Existe alguna relación entre este movimiento y las nuevas corrientes de la filosofía? Sería aventurado afirmarlo. Pero no deja de sentirse una cierta afinidad entre la vuelta al mundo de las realidades en la ciencia económica y ese antirracionalismo, ese renacer del hombre dionisiaco, esa nueva apreciación de la vida que señalaba Max Scheler como uno de los rasgos más importantes de la generación y el pensamiento filosófico de la época que vivimos.